

ct

Sólo vine a ver el jardín

de
Silvia Peláez

(fragmento)

PERSONAJES:

H (1) / M (5)

ALICIA, EGLANTIN, ELENA, FLORA, ADOLFO, BETY

A lo largo del texto, se incluyen los siguientes elementos como:

Tregua

Los personajes se toman un respiro, una pausa, una tregua; hacen una transición.

Paréntesis

(Colocados en algún diálogo, indican que se trata de pasajes que deben ser dichos suavemente, en baja voz.)

Tres líneas consecutivas --- Significa un cambio de tiempo o lugar.

1

EL JARDÍN

Abre una puerta y se coloca frente a un espejo de cuerpo entero.

FLORA

Alicia dice: Sólo vine a ver el jardín. Y se abre un mundo para ella. El jardín es el centro del mundo. Vengo a este jardín a encontrarme conmigo misma. No hay nadie más. El jardín con su misterio, sus aromas. En mi cerebro un jardín es verde. Y así recupero el sentido de las cosas que se pierden en mi cuerpo, en la inmensidad de la carne. El jardín del recuerdo-sueño, perdido en un más allá del pasado verdadero. O escondido. Como te puedes esconder en un jardín detrás de matas y plantas. En este jardín puedo estar oculta y guardar mis secretos. Ellos, los otros, no vienen por aquí.

No quiero hablar del jardín, quiero verlo y vengo aquí. Cuando puedo, porque en esta vida no siempre se hace lo que uno quiere. Vengo, y paso horas en este jardín. Cuando pienso en lo verde que es, con más fuerza quiero verlo, no importa si eso es imposible. De hecho, por esa imposibilidad. Iba corriendo y me caí. Me tropecé con mis propias piernas. Fue como si tuvieran voluntad propia y se hubieran enredado en una trenza. Una trenza como esas de pan, cubiertas de azúcar. Me caí. Las rodillas, con menos carne, sin grasa, terminaron golpeando el pavimento. Las pequeñas piedras se incrustaron en los huecos de la rótula. El grito de dolor no salió por mi boca. Me caí y no grité. Un grito de dolor o para pedir ayuda, habría sido contraproducente. Todos aquellos que no habían reparado en mí, notarían mi presencia. No grité. No sé cuándo fue la última vez que grité o lloré. Debí haber sido muy niña, cuando se llora por pequeñas cosas, cuando mamá aún estaba con nosotros. Lejos está ese tiempo en que mis ojos se humedecían o mi boca se abría en una O para gritar. Apenas recuerdo el sabor de las lágrimas y ese placer de sentirme atendida. (Mi voz ha aprendido a guardarse en la cueva de mi pecho. A veces sube despacio por mi garganta, pero regresa corriendo a su escondite. Mi voz es tímida. Y aunque tenga un dolor muy fuerte o una alegría muy grande, permanece escondida.) Antes cantaba. Ponía en el aparato un disco, elegía la canción y calculaba el surco exacto para la aguja. Y cantaba imitando a Billie Holiday o a Judy Garland. (Tararea.) Me caí, y todas las miradas estaban sobre mí, no, no sobre mí, mi persona, sino mi cuerpo.

Tregua. Se escuchan voces a lo lejos.

EGLANTINA

¿Dónde estás, Flora? Ven acá.

ELENA

Nunca sé dónde se mete.

Se alejan las voces.

FLORA

Ya no. No grito, no canto. Me caí y ahí estaba, con todo el peso sobre las rodillas, lágrimas silenciosas en mis mejillas, cuando una voz gruesa, aterciopelada, me dijo:
 ¿Está bien? ¿Me permite ayudarla? No pude contestar pero lo que más deseaba es que se alejara. Me sentía como una morsa en el pavimento. Ni siquiera podía verlo a la cara. Las piedrecillas seguían oprimiendo la piel, como si quisieran meterse en mi cuerpo y buscar un rincón de grasa y anidar para convertirse en perlas. Con la mano, que sentí mastodóntica, rogué que se alejara, pero podía ver sus zapatos inmóviles junto a mí. No quise mirar hacia arriba. Hice un movimiento torpe, sin pensar, y de mi carpeta salieron volando unos papeles. Eglantina me esperaba y no le gusta la impuntualidad. No podía más que balancearme de un lado a otro, en una esfera donde el tiempo se había detenido, igual que el hombre. En ese momento, no supe si realmente quería ser amable o buscaba que mi falda fuera levantada por el viento y entonces poder atisbar mis muslos que descenden como olas de grasa. Entonces me volví para verlo, pero el sol detrás de él me lo impedía. Se movió, me rodeó, me inspeccionó y acercó su rostro al mío. Pude verme en las micas de sus anteojos: un animal, eso era, un león marino fuera de su isla, una masa adiposa y suave, nalgas demasiado anchas que dejaban ver la inflamación de las células, y un vientre como globo. Algo dijo. Yo no lo escuchaba. Sólo quería que se fuera, que me dejara sola, para levantarme en cuatro patas, tratando de guardar el equilibrio. Él insistía. ¿Que no puede callarse de una vez, respetarme y largarse? No necesitaba su ayuda, sólo estar sola. No sentirme juzgada, vista, observada. Aquí en el jardín nadie me mira de esa forma. Y entonces ocurrió lo peor. Me tomó de las muñecas. Sus manos no podían cerrarse y se resbalaban en mi piel blanca y lechosa. No me movió ni un centímetro. Me halaba y me hacía doler la axila. Eran demasiados los ciento cincuenta y tres kilos de mujer. (Puede tener una herida, y luego se infecta, y después no hay remedio.) Me dijo. Solté una mano, y la apoyé en la baldosa; el volvió a halarme hacia delante, sus dos manos en mi mano izquierda, y mi mano derecha como apoyo en el suelo. Me erguí y me sentí en verdad como un mastodonte.

Tregua.

Otra vez las voces.

Eglantina entra al espacio donde está Flora, pero no la ve.

EGLANTINA

No sé cómo logra esconderse con semejante tamaño. No sé dónde se mete. Una vez me dijo que va al jardín, pero no tenemos jardín en este departamento. Lo hace para molestarme. Como todo lo demás.

Sale.

FLORA

Hay una farmacia en la esquina. Vamos. (Dijo el hombre.) Mis rodillas sangraban y los hilillos rojos iban a parar dentro de mis zapatos, formando pequeños lagos. En la farmacia, me senté en una banca y la responsable se acercó al hombre. Él señalaba mis rodillas y yo trataba de sonreír, mirándolo con agradecimiento, como una vaca. Se acercó la mujer y miró mi cuerpo de arriba a abajo, menos la cabeza, como quien compra en el mercado. Sonrió y desapareció tras el mostrador. Mis piernas estaban bañadas en sangre a pesar de que las heridas eran pequeñas. Se fue juntando la gente. Exclamaban, mirando y señalando mis rodillas. ¿Harían lo mismo si yo no fuera tan enorme? Formaron un círculo a mi alrededor. Y yo cerré los ojos. La responsable de la farmacia

regresó con un enorme trozo de algodón mojado en alcohol. Limpió la sangre y la herida. Aplicó un desinfectante con demasiada lentitud para aquellas heriditas. Más bien trataba de prolongar el espectáculo. Y yo debía estar agradecida. Me sentía como una ballena encallada en la ciudad, rodeada de transeúntes. La responsable y el hombre se miraban de reojo y parecían sonreírse, o reírse o burlarse. Y los odié. Aunque no dije nada. Me imaginé entonces como una bomba humana. Explotaría a la siguiente sonrisa y vería con placer cómo se ahogaban, asqueados, por la grasa, carnes, huesos y tendones.

Tregua.

Siempre tengo la sensación de que me agreden, me observan, me juzgan. Dicen que es soberbia. Lo que creo es que no hay una sola persona sincera cuando pesas ciento cincuenta kilos.

2

LA FONDA

FLORA

Acomoda sillas metálicas. Vaya, ya estás aquí.

EGLANTINA

Flora, ¿terminaste con las sillas?

FLORA

No empieces con eso. Sabes que me toma tiempo. ¿Cuál es el menú de hoy?

EGLANTINA

Mira, las de abajo. Las que soportan el peso, están por romperse.

FLORA

Si tanto te molestan apiladas unas sobre otras, ¿por qué no las acomodas tú?

Tregua

EGLANTINA

A ti te viene muy bien el ejercicio. Lo que pasa es que eres una floja.

FLORA

No puedo hacer ejercicio.

EGLANTINA

Estás gorda, por eso. ¿No has visto cómo te miran los clientes?

FLORA

Yo no los miro. Me limito a servirles. Y no sé por qué tú los miras mirarme.

EGLANTINA

Si no fuera por mí...

FLORA

Dilo, dilo. No tendría trabajo. Ni techo ni comida. “Porque nadie da trabajo a una mujer como tú”, dices. Claro, siempre me lo echas en cara.

EGLANTINA

Preferible a ser flaco, esmirriado.

Tregua. Entra Elena.

ELENA

(He visto gordos horrendos.) Hijas, ¿cómo va todo? ¿No me digan que están discutiendo otra vez? De niñas se llevaban tan bien.

EGLANTINA

Ah, pasa, mamá. Ya está todo para abrir hoy. Un día más de la famosa comida corrida de las hermanas Mantecón.

FLORA

(Si tan sólo pudiera cambiar mi apellido.) Ahí tienes a tu Viterbo, hermana. Tan flaco, tan con ese nombre, tan en los huesos. Y a ti te parece guapo.

EGLANTINA

Mejor eso que sola. O que cualquier extraño que te mete la mano bajo la falda recargada en el árbol de un parque. No creas que no lo sé.

Tregua.

ELENA

Uhhh. Qué rico se ve este cerdo en pipián. Levántate de esa silla, Flora, que la vas a romper. Y de silla en silla vas a quebrar el negocio.

FLORA

¿Qué más hay de comer?

EGLANTINA

Adivina.

FLORA

Voy a adivinar por el olor. (Me choca cuando se pone así, misteriosa.)

ELENA

Eso. Deberías comer sólo por el olor. Y así bajarías algún kilo...

FLORA

Los olores me estimulan para comer comida que se pueda ver y tocar y morder y engullir. Me gusta comer, ¿no lo entiendes? Me siento bien así. No quiero ser como tú, ni usar talla dos. Lo grande es bello porque es suficiente, pleno, abundante. Es mag-ní-fico.

ELENA

Eso crees. Engaña-te a tí misma, anda, hijita. Sigue con tus sueños.

Tregua.

EGLANTINA

Por eso no bajas, hermanita, ni un kilito. Si a diario cargaras y acomodaras las sillas, verías que en unas semanas, te volvía a quedar el pantalón del velorio de tu papá.

FLORA

Pasó de moda. Nuestro padre, Eglan. También era tu papá.

ELENA

No fue hace tanto tiempo.

EGLANTINA

Para mí fue hace siglos. Íbamos en la secundaria. Y fue más papá tuyo que mío. Eras su consentida. Sí, hija, tu hermana tienen razón.

FLORA

¿Qué era más padre mío?

ELENA

No. Que te quedaría toda tu ropa de antes. Volverías a tu talla. Serías nueve o doce por lo menos, y no tendrías que mandar a hacer ropa especial.

FLORA

La quemé.

EGLANTINA

¿La ropa que no te quedaba, la quemas? Qué egoísta. La hubieras regalado a los pobres. No. Antes me hubieras preguntado si yo quería algo. Éramos como de la misma talla.

FLORA

No. Quemé toda la ropa nueva.

ELENA

¿Qué? ¿La ropa especial? ¿Cuándo?

FLORA

Ayer apenas.

ELENA

¿Y ahora con qué te vas a vestir, muchacha tonta?

FLORA

También quemé toda la ropa vieja. A partir de mañana no voy a salir de mi cuarto. Y para que lo sepan: el mundo de hoy es de los gordos, como yo. No puedes entrar en un lugar sin ser notado, ocupas más de un asiento en el autobús, todo el mundo se voltea a ver. Llamamos la atención por todas partes. Y cada vez somos más.

EGLANTINA

Uy, qué miedo.

ELENA

(Y se ríen de tí.) Y en el avión te cobran doble el asiento. Lo que no entiendo es cómo llegaste a esto, qué te pasó. Nunca lo voy a comprender, hija. Que voluntariamente te conviertas en un... en un...

FLORA

No viajo en avión. (Sencillamente me vale.)

ELENA

Por cierto, tomaré vacaciones. Me iré a la playa la semana próxima. (Y entonces tendrás que salir de tu cuarto.)

EGLANTINA

No me habías dicho nada. Me hubiera gustado ir.

ELENA

Tu hermana no puede quedarse sola con la fonda.

EGLANTINA

La podrías invitar también. Y cerramos unos días. Ponemos un letrero: cerrado por vacaciones. Ni pensarlo. Desde aquella vez en que me acompañaron a Ixtapa y tu hermana se enfundó el bikini verde perico, les dije que nunca más volvería a pasar esa vergüenza. (Qué descaró.)

FLORA

Ya terminé de acomodar las sillas. Me voy.

EGLANTINA

¿Al jardín?

FLORA

No te burles. Si te lo conté es porque eres mi hermana.

EGLANTINA

Aunque papá era más tu padre que mío.

ELENA

No entiendo eso del jardín. ¿A qué parque vas?

EGLANTINA

Dice que ahí, en la casa.

ELENA

Apenas unas cuantas plantas tenemos, y ni siquiera se dan bien por falta de sol. ¿Y tú tienes un jardín? Lo que faltaba. Que además de obesa, estés perdiendo la cabeza.

FLORA

(Como Alicia.)

Tregua.

EGLANTINA

Preparé cerdo en salsa de longaniza.

FLORA

Qué rico.

EGLANTINA

Pero no te voy a dar ni un taco, hermanita.

ELENA

Prohibido para ti el cerdo. Te puede dar una alergia o algo peor. Además todo eso es muy grasoso. Le gusta a la gente que viene, pero tú no debes...

FLORA

¿Y qué voy a comer?

EGLANTINA

Hay un poco de apio.

Tregua.

FLORA

No soy conejo.

ELENA

No, eres mi elefantito, pero los paquidermos también comen plantitas.

FLORA

¿Qué traen contra mí?

EGLANTINA

Nada, nada. Es simplemente que... (¿No te has visto?)

ELENA

Ya lo pensé mejor. Te llevo a la playa Eglantina. Así tu hermana aprenderá a extrañarnos. Y si ella se encarga de la fonda, tal vez se hastíe de tanta comida y olores y platos sucios y tenedores, y encontremos una Flora distinta.

EGLANTINA

¿De veras, mamá?

ELENA

Por la noche haces tus maletas y salimos muy temprano en la mañana.

FLORA

Pues no voy a comer tus platitas. Gracias.

ELENA

Pero no te sientes todavía, Flora, te falta trapear. Y yo voy a darle un toque final al guisado.

EGLANTINA

A trapear. Es muy buen ejercicio. Aunque te tardas tanto. Con ese sofoco que te hace detenerte a cada rato. A trapear.

FLORA

A trapear. Quitar el polvo. Cubrir el piso de agua, y esperar a que seque. Podría trapear sentada, con el trapeador y estirándome un poco. Un elefante se columpiaba sobre la tela de una araña. Como veía que resistía, fueron a llamar a otro elefante. Dos elefantes se columpiaban...

3

FLORA

Frente al espejo.

Sólo vine a ver el jardín, dijo Alicia. Qué hermoso está. El jardín es verde. Lo verde es inmaduro. Un jardín es como un bosque. Si me quedo quieta, mirándolo, nada puede pasar. En mi cabeza el jardín es siempre verde. En el jardín también cortan cabezas.

Tregua.

La casa para mí sola. Ellas en la playa. De todos modos yo no quería ir. El bikini verde perico ya no me queda. Y está pasado de moda. Aquella vez me lo puse a propósito. Quería que toda la gente del hotel me mirara con morbo, porque aunque fingían, en sus pupilas adivinaba el rechazo y la curiosidad. Esas miradas morbosas sacian mi apetito de vanidad. Ese interés malsano sustituye a la

atracción. Y me gusta provocarlo. Ahora sí, puedo entrar en mi jardín sin interrupciones.

Se desnuda parcialmente.

Una vez, cuando los camiones tenían torniquetes, pagué al chofer y traté de pasar pero me atoré entre un tubo y el otro. El ridículo sólo se amortiguó con el morbo de los pasajeros que me miraban con ganas de reír. Es chistosa la gente en situaciones así. Miran pero no miran. Tratan de que uno no se percate de lo que hacen. Pero es más evidente. No me molestó y ahí me quedé unos minutos. Luego el chofer se ofreció a ayudarme y tuvo que desarmar el aparato, quitarle un brazo, ante la desesperación de los pasajeros. Algunos se bajaron diciendo groserías. ¿Dónde dejé el traje? Es verde. Yo creo que lo boté en el fondo del cajón. O lo quemé con todo lo demás.

Busca en el clóset.

Aquí está. A ver si es cierto que no me queda. Yo no siento haber subido tanto de peso, como dice Eglantina.

Se pone el traje de baño que se vuelve minúsculo en su enorme cuerpo. Se escuchan voces lejanas.

ADOLFO

Holaholahola...

FLORA

Ay, no. Hay alguien abajo. ¿Mi mamá y Eglantina se habrán regresado? No creo. La recámara de Eglantina me gusta más que la mía. Siempre he querido un espejo como este, de puerco entero, donde quepo completita. Pero en mi cuarto no hay espacio, y cuando está mi hermana ella no me deja verme en este, dice que lo voy a romper. Ahora estoy sola.

ADOLFO

Elena, ya llegué. Elena.

Adolfo abre la puerta de la recámara. Flora no lo ve.

FLORA

Elena dirá lo que quiera pero soy hermosa. Mi piel color de piñón y grande. Mucha piel suave es mejor que pellejos escasos. Me gusta. Me gusto. Soy muy suave. Y tengo mucha, mucha piel.

Ve a Adolfo por el espejo.

FLORA

Ay, Ay, váyase. ¿Qué hace aquí? Policía, auxilio. Policía. ¡Mamáaaa!

ADOLFO

Soy, yo, sobrina, cálmate.

FLORA

Ay, tío. Me asustaste.

ADOLFO

¿Y Elena? ¿No está?

FLORA

No, tío Adolfo. No está.

ADOLFO

¿Estás sola?

FLORA

Sí. ¿Cómo entraste?

ADOLFO

(No sabe lo de la llave.) Estaba medio emparejada la puerta. Vine a ver a tu mamá. Me dijo tu hermana que se había puesto mal. ¿Dónde están? ¿En el hospital?

FLORA

No, no. Nadie está enfermo. Fueron a la playa.

ADOLFO

¿Y no te llevaron? Tan bien que te queda tu bikini.

FLORA

No quise ir. Bueno, no puedo.

ADOLFO

Es un traje muy pequeño.

FLORA

Para un cuerpo grande. Tienes razón.

Tregua.

ADOLFO

Ah, cierto. Pues a lo mejor me regreso a vivir a México. ¿No te lo dijo tu mamá?

FLORA

(Qué mal.) Ah, qué bien, tío.

ADOLFO

Y tu mamá me ofreció un cuarto aquí.

FLORA

¿Aquí? Pero si sólo son dos cuartos. Uno de mi mamá y otro de Englantina. Yo tengo el de servicio.

ADOLFO

Ya nos arreglaremos. Te queda bien el verde perico.

Tregua.

FLORA

¿Entonces te regresas a México?

ADOLFO

Sí. En Los Ángeles ya no tengo chamba. (Y justo cuando me acababa de comprar mi Honda.)

FLORA

Con razón. Mi mamá dice que no das para el doctor y medicinas de mi abue.

ADOLFO

No tengo dinero. Me quedé sin chamba.

FLORA

Desde que tenías trabajo. No le dabas.

ADOLFO

Le traje unas galletas. Ya ves que a la abue siempre le gustaron las galletas gringas. Y bueno, eso es dar algo. Uno da lo que uno tiene, sobrina.

FLORA

Sin duda, tío. Uno da sólo lo que uno puede. Es como eso de pedirle peras a un olmo, o algo así.

ADOLFO

Debería darte gusto mi regreso.

FLORA

No me da.

ADOLFO

Podemos ir a comer helado.

FLORA

Ya no me gusta.

ADOLFO

O al parque.

FLORA

Para eso voy a mi jardín.

ADOLFO

¿De qué jardín hablas?

FLORA

Sólo yo puedo ir.

ADOLFO

No estuvo tan mal, sobrina.

FLORA

Ni tan bien.

ADOLFO

Creí que ayudaría a fortalecer tu autoestima.

FLORA

No quiero pensar.

ADOLFO

Son bonitos recuerdos.

FLORA

Me das asco.

ADOLFO

Sobrina, qué pasó.

FLORA

Vete, vete.

ADOLFO

No seas así. Dame un besito.

FLORA

Si no sales de aquí...

ADOLFO

Sí das miedo, Florita. Eres peso completo.

FLORA

No te quiero aquí. Fuera.

ADOLFO

(No sabe lo de la llave.) Me voy. Bueno.

FLORA

Largo de mi casa. De mi jardín.

ADOLFO

¿Cuándo regresa tu mamá?

FLORA

No sé. Pronto.

ADOLFO

Fue un gusto verte. Y ahora nos veremos más seguido.
